

El presente de la historia cultural

Elena Hernández Sandoica

Universidad Complutense de Madrid

Facultad de Geografía e Historia

Departamento de Historia Moderna e Historia Contemporánea

Edificio B. Calle del Profesor Aranguren s/n

28040 Madrid

elenahs@ghis.ucm.es

RESUMEN: En este ensayo se ofrece, sin pretensión alguna de exhaustividad, una consideración del panorama reciente de la historia cultural. Considerando inútil pretender cubrir su totalidad, se ha optado por un primer bloque introductorio que plantee la cuestión, un segundo bloque de apreciaciones sectoriales, donde se valora y se sopesa lo que la autora entiende como los principales lineamientos de la profunda transformación que conllevan el auge y la centralidad creciente de la historia cultural, y, finalmente, un tercer bloque en el que se concede un tratamiento específico a los cambios introducidos por la historia de las mujeres en sus perspectivas feministas, vector teórico decisivo en la construcción actual de los discursos en torno a la subjetividad.

PALABRAS CLAVE: historia cultural; historia de las mujeres, feminismo

Cultural History in the Present

ABSTRACT: Without any claim to exhaustivity, this essay offers an overview of recent cultural history. Given that any attempt to cover the subject in its entirety would be futile, the text begins with an introductory section that raises the issue and proceeds to a second section of sector-wide assessments in which the author evaluates and weighs up the main strands in the profound transformation that has led to the rise and growing centrality of cultural history. From there, the third section concludes with a specific treatment of changes introduced by women's history and its feminist per-

spectives, a crucial theoretical vector in the current construction of discourses around subjectivity.

KEYWORDS: cultural history, women's history, feminism

I

Valorar el estado actual de la *historia cultural* en el marco de este acto entrañable que nos reúne para honrar al amigo Jordi Casassas como intelectual y como estudioso de trayectorias intelectuales encierra el riesgo de no cumplir las expectativas. Es cierto que, hace ya más de quince años (2001), yo misma me atreví a publicar en *Cercles d'història cultural* un artículo sobre el estado de la historia cultural en España, osando aún después, más de una vez, a partir de 2004, ofrecer consideraciones acerca de la naturaleza y los retos del cambio historiográfico en general y, en especial, del *giro cultural*. Pero como señala, con razón, R. Jacoby, «las generalizaciones sobre las disciplinas académicas requieren audacia»,¹ y lo cierto es que aquella misma empresa se me antoja a estas alturas abrumadora; si no inabordable, sí llena de dificultad; tantas y tan diversas han sido en el último cuarto del siglo XX las transformaciones, y tantas las perspectivas y corrientes aparecidas. Intentaré, con todo, trazar un panorama general, enunciando tan solo los que creo que aparecen como rasgos sobresalientes de esa especie de mecanismo de fagocitación de lo social y lo imaginario, obsesivamente imparabile, que lleva implícito el *giro cultural*.

¹ RUSSELL JACOBY, «A New Intellectual History?», en ELIZABETH FOX-GENOVESE y ELIZABETH LASCH-QUINN (eds.), *Reconstructing History. The Emergence of a New Historical Society*. Nueva York-Londres, Routledge, 1999, pp. 94-118.

Entiendo, sin embargo, que el último quinquenio —quizá más bien la última década— no ha sido lo bastante novedoso en cuanto a discusiones o debates. Por el contrario, creo que, por el momento, se ha llegado a un punto de estabilización en el cual, sin revisarse en especial teorías, conceptos o métodos, se produce en historiografía una ingente cantidad de «ciencia normal», si es que podemos llamarla así, en sentido *kubniano* de la expresión. Se evitan discusiones, muchas veces estériles, al abordarse desde horizontes lingüísticos y conceptuales heterogéneos o incompatibles, y, en cambio, se realizan —en una constante acumulación— estudios de diversa orientación y procedencia, globalizados y, a la vez, locales. La *cultura de masas*, en cuyo vórtice el mundo occidental, primero, y el mundo entero, después, ha ido sumergiéndose, convierte en infinito el repertorio de las posibilidades de análisis, y así, de hecho, está sucediendo: los títulos, en descenso las monografías, y crecientes los artículos de revista, se suceden en una acumulación constante, difícil de asimilar y clasificar.²

Una variedad de producción empírica, inesperada para muchos e inabarcable para casi todos, que solo permite una enunciación genérica de modo tan parcial como modesto. Por tanto, para añadir corporeidad a lo que trataré de exponer aquí, resultará muy útil volver a leer el muy completo artículo de Olga Glondys sobre este mismo asunto, aún reciente, en el que la autora pasa revista a tan heterogénea producción.³ Adoptar la solución ideada por Anna Green para escribir un

2. Para una bibliografía bastante actualizada de las obras principales, ordenada según países, es muy útil la edición española, actualizada, de la obra [1997] de Kaspar MAASE, *Diversión ilimitada. El auge de la cultura de masas (1850-1970)*. Madrid, Siglo XXI, 2016. La propuesta analítica del autor está, además, implementada, a mi modo de ver, con interés. En resumen, «el entretenimiento y la diversión mediados por el mercado» habrían comenzado a ser, a la altura de 1850, una parte imprescindible de la vida cotidiana, y, desde entonces hasta hoy, el crecimiento de ese anhelo de ocio compartido y su práctica se habrían vuelto imparables.

3. Olga GLONDYS, *Studia Historica* 35, Salamanca, 2017, pp. 171-204. La autora celebra ese *giro cultural* abarcador, responsable de «una nueva producción historiográfica anti-

práctico volumen de introducción a la historia cultural (ordenar los vocablos y conceptos principales por categorías e inspiraciones teóricas, en lugar de intentar resumir realizaciones concretas) habría sido, quizá, a la vez, una buena opción.⁴

O quizá despejar, al contrario, la abundancia retórica con la que se ha investido al tronco de «lo cultural», toda vez que, como *boutade* o no, hay quienes, como el historiador del crimen y la *belle époque* Dominique Kalifa, quisieron preguntarse, nada más comenzar el tercer milenio, si ya había pasado el momento de la historia cultural.⁵ Lo cierto, sin embargo, es que, sin una definición previa de *historia cultural*, por aproximada o imprecisa que fuese —hasta dónde dilatamos sus márgenes y cuáles creemos que son sus realizaciones más representativas—, no valdría de nada intentar rebatir apreciaciones que proceden de contextos historiográficos muy marcados, como es el francés post-*Annales* y solo en parte post-*mentalités*.⁶ Por lo demás, es evidente que en la estela de esta última corriente, tan fructífera en su etapa no cuantitativa (la *sociocultural*), desde la década de 1970 se ha originado un fuerte estímulo para la reconsideración crítica del estudio de textos literarios.⁷

canónica, interdisciplinar y transnacional», con muchos cambios metodológicos e incluso —a su modo de ver— epistemológicos.

4 Anna GREEN, *Cultural History*. Nueva York, Palgrave Macmillan, 2008.

5 Recientemente, Dominique KALIFA publicaba *Paris. Une histoire érotique d'Offenbach aux sixties*. París, Payot, 2018. Una crítica importante a la llamada «nueva historia cultural» es, a su vez, la del historiador del trabajo Richard BIERNACKI, «Language and the Shift from Signs to Practices in Cultural Enquiry», en Gabrielle M. SPIEGEL, *Practising History. New Directions in Historical Writing after the Linguistic Turn*. Nueva York, Routledge, 2005, pp. 228-244. Biernacki opina que el giro lingüístico hace a la historia cultural, paradójicamente, «preeminente y vieja» a la vez (p. 228).

6 Alain BOUREAU, «Propositions pour une histoire restreinte des mentalités», en *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*. 44/6, nov.-dic. De 1989, pp. 1491-1504.

7 Una buena introducción general, en Judith LYON-CAEN; Dinah RIBARD, *L'historien et la littérature*. París, La Découverte, 2010.

Pero definir la historia cultural después de tantos intentos meritorios —sobre todo franceses y estadounidenses— parece haberse convertido en un objeto algo frustrante. Por la pluralidad intrínseca al concepto de *cultura*,⁸ por la infinita cantidad de modos de hacer que en ella convergen, y porque definir el *mestizaje* y la heterogeneidad nunca es fácil (al ser esas, precisamente, las características principales de la historia cultural), lo que generalmente resulta al intentarlo es un registro acumulado de su *no excluyente*, abarcador e insaciable apetito de absorción. Un catálogo de la incorporación sucesiva de corrientes, enfoques y artefactos de método diversos, que corresponden y obedecen a la íntegra totalidad de las disciplinas sociales y humanísticas formalizadas.

Una diversidad y multiplicidad que abarca las *prácticas y representaciones* de cualquier género, como ya advirtió Chartier para el objeto «clásico» del libro y la lectura, si bien nadie podría discutir que, al menos desde la década de 1990 (ya van casi dos décadas), la aproximación al complejo mundo de la lectura y los lectores es también un espacio poliédrico para la exploración de la subjetividad.⁹ A medida que la historia cultural se ha convertido en el eje rector en la disciplina histórica a lo largo de todo Occidente, se ha hecho más patente que la experiencia de la lectura (su *apropiación* por el lector, o incluso, de manera diferenciada, *la lectora*) es producto final del cruce de tres acercamientos: la historia de la recepción, la historia del libro y la historia (*sociocultural*) de la circulación de artefactos textuales, con sus elementos sociológicos e ideológicos propios. El texto

8 William H. SEWELL, JR., «The concept(s) of culture», en Gabrielle M. SPIEGEL, *Practising History... op. cit.*, pp. 76-95, y el mismo texto, antes, en Victoria E. BONNELL y Lynn HUNT (eds.), *Beyond the Cultural Turn...*, *cit. infra*, pp. 35-61.

9 *Le lecteur. Textes choisis et présentés par* Nathalie PIÉGAY-GROS, París, Flammarion, 2002, p. 81: «Mais la lecture est surtout un moyen privilégié pour peindre la subjectivité du personnage lecteur: pour peu qu'il exprime ses goûts et ses affinités littéraires, il se montre dans sa sensibilité la plus intime».

es portador de sentido(s) que desbordan la autoría y que se encarnan en el contexto del lector. El reconocimiento del papel del lector como *autor* de lecturas específicas y concretas lo ha ido convirtiendo en el protagonista cada vez más visible del extraordinario mecanismo y proceso de distanciamiento y subjetivación, de reformulación de la temporalidad que el hecho de la lectura conlleva y constituye.¹⁰

Heterogénea como la propia cultura, bien se sabe, la historia cultural no posee una teoría uniforme; así, la heterogeneidad y la fragmentación que la caracterizan corresponden a su desplazamiento desde el concepto de alta cultura al territorio de la antropología y la sociología; y así se acomodan teóricamente los discursos a la constelación *postestructuralista* en la que estamos instalados. Frente a otros períodos de cambio en los modelos historiográficos dominantes, a estas alturas ya no se echa de menos la homogeneidad ni se reclama la unidad —que, con tanto esfuerzo, procuraba obtener la historia social—. La historia cultural, por tanto, no posee ninguna vocación normativa o propedéutica —no dice qué *tiene que ser* la historia y, menos, cuál es la *mejor* historia para escribir—, aunque esto no impide su reclamo de autenticidad y veracidad. No discrimina entre unos temas u objetos de investigación que pudieran ser más relevantes que otros, de menor interés, sino que, en la profundidad del análisis y en el aparato metodológico empleado, deposita la valoración cualitativa del producto obtenido por los historiadores. Y —esto último es muy importante—, en la era de abolición del canon en que nos hallamos, quien cultiva algún tipo de historia cultural es plenamente consciente del valor del *efecto retórico*, de cuán dependiente sea la verosimilitud y la aceptación de un discurso de la calidad estética y la capacidad persuasiva de la escritura empleada, de su efecto de atracción y comunicación. Las teorías de la comunicación y sus

¹⁰ Umberto Eco, *Lector in fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo*. Barcelona, Lumen, 1981.

fundamentos filosóficos y sociológicos ocupan, así, un lugar de privilegio en historia cultural, cuando se trata de formulación teórica.

Tras haberlo aceptado y difundido como descubrimiento sustancial, la historia cultural ha logrado imponer la primacía del lenguaje en el conocimiento historiográfico, dando a la comunicación y sus recursos el papel principal que antes nunca tuvo, aunque se hubiera intentado ya en alguna ocasión, sobre todo cuando, en el siglo XVIII, se estaba tratando de imponer la primacía de lo cultural sobre lo político. Ha logrado, asimismo, hacer circular, compartido, un vocabulario que no era propio de la historiografía mayoritaria, la política: *símbolos y significados*, integrados desde la antropología, la semiótica y la historia del arte; *sensibilidades, emociones*,¹¹ *afectos, actividad, representación*,¹² *negociación, percepción...*, entre otros, procedentes de combinaciones de la psicología, la literatura y el arte, así como —muy importante en las décadas finales del siglo XX— del campo de las sociologías cualitativas. Y desde hace poco tiempo incluso de las ciencias de la vida.¹³ Pero quizá los debates más interesantes desde la atalaya de la propia historiografía se hayan producido en torno a las figuras centrales de Clifford Geertz, Mikhail Bajtin y Norbert Elias, a quienes debemos la incorporación de conceptos como *descripción densa, otredad (alteridad) y proceso de civilización*, respectivamente.¹⁴

11 Juan Manuel ZARAGOZA BERNAL, «Historia de las emociones: Una corriente historiográfica en expansión», en *Asclepio* 65/1, enero-junio 2013.

12 Sobre algunos problemas en la noción de «representación», Alain BOUREAU, «La compétence inductive. Un modèle d'analyse des représentations rares», en Bernard LEPELLETIER (dir.), *Les formes de l'expérience. Une autre histoire sociale*. París, Albin Michel, 1995, pp. 23-38.

13 Peter J. RICHARSON; Robert BOYD, *Not by Genes Alone: How Culture Transformed Human Evolution*. Chicago, University of Chicago Press, 2005; Linda STONE; Paul L. LURQUIN; Luca CAVALLI-SFORZA (introd.), *Genes, Culture and Human Evolution. A Synthesis*. Malden, Ma. – Oxford, Blackwell, 2007.

14 Aproximaciones desde el pragmatismo a los dos primeros autores en Giles GUNN, *The Culture of Criticism and the Criticism of Culture*. Nueva York – Oxford, Oxford Uni-

Al igual que había sucedido con la historia económica y la historia social, la historia cultural ha ido nutriendo su potente caudal mediante el aporte constante de las ciencias sociales (a la vez que ha renovado subcampos disciplinares dentro de estas).¹⁵ Pero en lugar de esas disciplinas básicas de referencia —la economía y la sociología—, habrían sido, en su caso, la antropología y las ciencias del lenguaje, primero, con la semiología y la semiótica después, los referentes heteróclitos que enseguida irían ligándose entre sí, uno tras otro. Su recepción, muy desigual y asincrónica por la historiografía, ha ido ordenando los tiempos en un eje de coordenadas donde la vertical, como expresaría Schorske en su *Viena fin-de-siècle* con la metáfora del historiador como tejedor, tiene una función diacrónica en la trama o tejido narrativo, y la ordenada horizontal contiene los aportes teóricos y de método de las ciencias sociales. Nuestro tejido es quizá menos fino que el producido en el seno de estas últimas, admite Schorske, pero, a fin de cuentas, es fuerte y resistente.¹⁶ Por su parte, la evolución constante de los *Estudios Culturales*, difundidos desde su matriz anglosajona, ha aportado herramientas y conceptos complejos, principalmente de la crítica literaria y los estudios fílmicos, que han sido objeto progresivo —en su ampliación a través de la televisión y otras tecnologías más recientes—

versity Press, 1987. Una discusión de la obra más conocida del tercero —tan influyente en la historia de las mentalidades—, en Hans Peter DUERR, *Nudité et Pudeur. Le mythe du processus de civilisation* (versión francesa del original en alemán, con prólogo de André Burguière). París, Maison des Sciences de l'Homme, 1998.

15 Es significativo lo sucedido en las relaciones internacionales: Glen FISHER, *Mindsets. The Role of Culture and Perception in International Relations*. Boston – Londres, Intercultural Press, 1997 (2.^a).

16 Entre otras muchas referencias de alcance general, William H. SEWELL JR., *Logics of History. Social Theory and Social Transformation*. Chicago, The University of Chicago Press, 2005. A su vez, poniendo el acento en la «historización» de la antropología y la sociología, Terrence J. McDONALD (ed.), *The Historic Turn in the Human Sciences*. Ann Arbor, The University of the Michigan Press, 1996.

del interés de la sociología cualitativa en su proyección política y moral.¹⁷

Aceptando y embridando un envite tan arriesgado y, a la vez, tan dinamizador de inquietudes presentes —y esta sería para mí la razón principal de su fortuna—, la historia cultural ha ido reestructurando la tarea principal que se plantea la historia, *toda historia*: intentar el encaje entre lo particular y lo general, entre lo representativo (es decir, lo social o compartido) y lo individual y personal, o incluso, si se quiere, lo excepcional y único.

II

Tras esta primera aproximación, recordaré que todas las variedades y creaciones posibles de historia cultural en la actualidad, entre las que considero integradas las de la *historia intelectual* y la *historia de los intelectuales*, aunque diferenciadas y con contextos sociales e institucionales muy definidos a escala nacional en ambos casos,¹⁸ así como todas las derivaciones socioculturales posibles (entre ellas, la *historia de las mentalidades*, hoy desvanecida o transformada, pero que en su momento era un magno esfuerzo), quedan atravesadas por distintas combinaciones de los tres o cuatro «giros», como mínimo, que han marcado la evolución de las humanidades y las ciencias sociales en

17 De especial interés, a mi juicio, es la mirada de Adam KOTSKO, *Why We Love Sociopaths. A Guide to Late Capitalist Television*. Zero Books, 2012 (edición en castellano *Por qué nos encantan los sociópatas*. Melusina, 2016).

18 No entraré aquí en ella por ocuparse, en esta misma ocasión, de la historia intelectual el profesor Paul Aubert. Con todo, advertiré que no considero a la historia intelectual «descentrada» y/o subordinada en el panteón de *las historias* posibles —como se lamentaba LaCapra a finales de la década de 1980, abrumado por la hegemonía de la historia social—, sino que la historia intelectual y la historia de los intelectuales experimentan, a mi modo de ver, un nuevo auge. (Cita en Dominick LACAPRA, *Soundings in Critical Theory*. Ithaca, Cornell University Press, 1989, p. 199).

general; y es en torno a sus supuestos particulares y concretos como se organizan al fin. Estos son, como se sabe, el *giro lingüístico* —vinculado al *giro hermenéutico*, es decir, la percepción global de que los historiadores construimos *interpretaciones*, y no solo *explicaciones*—, pero también el *giro visual* y el *giro corporal*,¹⁹ además de lo que se supone a veces, en los últimos tiempos, como un eje potencialmente abarcador, el *giro afectivo* o *emocional*.

Hay autores, con todo, que desde que en la década de 1980 se impusiera con fuerza el poderoso aporte simbólico de la antropología y se aceptaran registros derivados de la semiótica,²⁰ prefieren seguir hablando, a su vez, de un solo giro como receptáculo: el *giro cultural* con dominante antropológica, que enlaza genéticamente con las primeras formas de analizar la *cultura popular*. Afinando algo más, en los múltiples cruces de inspiraciones teóricas y combinaciones de saberes diversos y diferenciados, se percibe el fuerte impacto de la psicología y, sobre todo, del psicoanálisis, que aun debilitado no ha dejado de ocupar un lugar de importancia conflictivo. En cuanto a la reflexión estética y a la fundamentación filosófica, destaca la fuerte apreciación en tiempos recientes del concepto de *experiencia*. Y, en su interior, la acepción *benjaminiana* del término, a pesar de la dificul-

19 Una parte de la historiografía sociocultural francesa, fuertemente ligada a Foucault y a la etnografía, a Luc Boltanski o a David Le Breton (*pasiones, emociones...*), es la responsable principal de la búsqueda apasionada de la huella de múltiples cuerpos «de los más desprovistos», los sin voz aparente, que quedan en los ricos archivos policiales del antiguo régimen. Así, Arlette FARGE, *Efusión y tormento. El relato de los cuerpos, historia del pueblo en el siglo XVIII*. Buenos Aires, Katz, 2008. Puede verse también mi artículo «Masculino / Femenino: Leer el cuerpo», en *Alcores* 19, 2015, pp. 13-33.

20 Algunos libros colectivos marcarían época. Así, Lynn HUNT (ed.), *The New Cultural History*. Berkeley- Los Ángeles – Londres, University of California Press, 1989, y una década más tarde, Victoria E. BONNELL; Lynn HUNT (eds.), *Beyond the Cultural Turn. New Directions in the Study of Society and Culture*. Berkeley – Los Ángeles – Londres, 1999. Por nuestra parte, Elena HERNÁNDEZ SANDOICA; Alicia LANGA (eds.), *La historia actual. Entre política y cultura*. Madrid, Abada, 2005.

tad de su implementación práctica, no es quizá la menos invocada por los historiadores, puesto que ha influido en formas de acercamiento a la tradición cultural y a las políticas del pasado, estrechamente vinculadas a la *memoria*. Menos, sin duda, se aprecia la visión de Walter Benjamin de la «función» de los intelectuales y su seguimiento histórico,²¹ así como su asunción de ciertas formas de experiencia estética.²² Con todo, la consideración de su pensamiento en la filosofía y la teoría crítica constituye todo un capítulo insoslayable de la historia intelectual.²³

No vale escamotearle al marxismo cultural un papel central en la organización y difusión de muchos de los discursos que circulan, no siempre con las inspiraciones originarias de la década de 1950 en el foco de su nacimiento e irradiación (los *Cultural Studies* del círculo de Birmingham, con Raymond Williams y Stuart Hall como los más

21 En su *Diario de Moscú*, el 16 diciembre de 1927, Walter BENJAMIN dice que, después de una larga conversación con Bernhard Reich, se le ocurrió la idea de que «la historia de los “intelectuales” debería ser planteada desde el punto de vista materialista de un modo funcional, relacionándola estrechamente con “la historia de la incultura”. [...] Una historia de la incultura mostraría la manera en la cual, con el correr de los siglos, la energía revolucionaria tiene sus orígenes en la religiosidad de las clases incultas, y “la intelectualidad” se descubriría entonces más como una vanguardia de la “incultura” que como un ejército de desertores de la burguesía» (p. 42 de la edición Godot, Buenos Aires, 2011).

22 En el propio *Diario de Moscú*, días después, anotaba: «Ante un cuadro extraordinariamente bello de Cézanne me vino a la cabeza la idea de lo erróneo que es hablar de “empatía”, incluso desde el punto de vista lingüístico. Me pareció que, por mucho que se abarque una pintura, no por ello se penetra en su espacio; sucede más bien que ese espacio se expande hacia diferentes lugares, hacia puntos concretos. Esa pintura se nos abre desde ciertos ángulos y rincones donde creemos reconocer importantes experiencias del pasado; en esos puntos hay algo inexplicablemente conocido» (pp. 65-66).

23 Solo un título entre las posibles aproximaciones abordadas desde la historiografía: LUTZ NIETHAMMER, «The Blown-Away Angel: On the Posthistory of a Historical Epistemology of Danger», en *Posthistoire. Has History Come to an End?* Londres – Nueva York, Verso, 1992 (traducción al inglés del original alemán), pp. 101-134. Contextualizando la teoría de la historia de Benjamin, discontinua y utópica, en el marco de la idea judaica de redención, Stéphane MOSÈS, *L'Ange de l'Histoire. Rosenzweig. Benjamin. Scholem*. París, Gallimard, 2006.

activos miembros del grupo), sino sobre todo, más tarde, en Estados Unidos, donde los elementos de *identidad* combinados (sexo y género, raza o pertenencia étnica, elección o determinación sexual... y, más recientemente, la edad) se cruzan entre sí y, a su vez, originan subcampos de estudios novedosos, que se extienden con rapidez, y proyectos globales de investigación.²⁴ La discusión entre el *neohistoricismo* literario y el marxismo cultural ha sido muy fructífera,²⁵ y en los *Cultural Studies* estadounidenses se albergan, de hecho, subdisciplinas previas —emancipadas ya, desde hace tiempo, en mayor o menor grado según el lugar y la voluntad (o el poder) académicos de quienes las cultivan—. Se trata de distintos modos de análisis y aproximación a las sociedades *modernas* o *modernizadas*,²⁶ que nos enfrentan a la proteica variedad cultural de masas y a la presencia omnimoda de los medios de comunicación y los mercados. Como recuerda Román Gubern, «sigue abierto el debate acerca de si la cultura de masas es una reconversión democrática de los arquetipos y tramas de la vieja cultura popular en la nueva era tecnológica, que permite una difusión más eficaz de sus imaginarios matriciales».²⁷

En su seno se sitúan, desde hace varias décadas, con entidad propia y diferenciada, los *Film Studies* —atraídos por las inmensas posibilidades de análisis textual del producto fílmico, de sus interacciones con el campo literario y el pictórico— y, desde hace poco, también los *Game Studies*, que abren a los investigadores, uno tras otro, suce-

24 LAWRENCE GROSSBERG, *Estudios culturales en tiempo futuro. Cómo es el trabajo intelectual que requiere el mundo de hoy*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2012.

25 PETER BARRY, *Beginning Theory. An Introduction to Literary and Cultural Theory*. Manchester, Manchester University Press, 2017 (4.^a).

26 En la década de 1980 destacaron obras absolutamente cruciales para la comprensión de la *experiencia moderna*, como la de Marshall BERMAN [1982], *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Madrid, Siglo XXI, 1988. Véase al respecto José Javier DÍAZ FREIRE, «Los tiempos de la modernidad. A propósito de Marshall Berman», en *Historiografías*, II, enero-junio 2016, pp. 17-32.

27 ROMÁN GUBERN, *Metamorfosis de la lectura*. Barcelona, Anagrama, 2011, p.76.

sivos nichos de oportunidad para combinar teoría e imaginación.²⁸ Siguen presentes al mismo tiempo todavía, y siguen dando nuevos frutos, exploraciones del campo literario en gran medida sociologizantes, aquellas que deslumbraron en las décadas de 1960 y 1970, por ejemplo, en torno a esos dos hallazgos semánticos felices, *flâneur* y *spleen*, que nos dejó en herencia Baudelaire; imágenes hechas de palabras, pero que quedan iluminadas por la fotografía, casi con seguridad la innovación técnica culturalmente más decisiva en la constitución de la *modernidad*.

Merece la pena hacer un alto para subrayar la creciente presencia de formas no-económicas de analizar los productos visuales de la cultura de masas actual.²⁹ Ello no supone, sin embargo, negar la importancia de los numerosos estudios sobre el mercado del ocio y sus recursos en el capitalismo avanzado, que son muchos y siguen produciéndose, sino tan solo llamar la atención, como hace el alemán Kaspar Maase, sobre «las fuerzas impulsoras de la estetización de la vida cotidiana», enfocando el discurso en torno al *arte de masas* de una forma distinta. En sus propias palabras,

La música pop y las series de televisión, los juegos informáticos y los espectáculos deportivos se buscan no solo porque, *entre otras cosas*, hacen posibles vivencias estéticas, sino que se buscan *en primer lugar por*

28 Desde 2001, la revista *on-line Game Studies. The International Journal of Computer Game Research* dinamiza este campo de estudios. Véase, por ejemplo, el número 16/2, de diciembre de 2016, dedicado a la primera guerra mundial. Y allí, entre otros, Adam CHAPMAN, «It's Hard to Play in the Trenches: World War I, Collective Memory, and Videogames». Del mismo autor, *Digital Games as History: How Videogames Represent the Past and Offer Access to Historical Practice*. Londres – Nueva York, Routledge, 2016.

29 Es también seductor recordar con Román GUBERN que «la posterioridad del *Homo pictor* respecto al *Homo loquens* nos obliga a concluir que las imágenes figurativas, esos sistemas simbólicos de representación visual que hoy nos parecen tan obvios y omnipresentes, son en realidad muy recientes, pues la especie humana ha vivido con imágenes solo una séptima parte de su existencia» (*Metamorfosis... op. cit.*, p. 25).

esas vivencias. Pueden resultar positivas o negativas, producir una impresión pasajera o tocar el núcleo propio del yo. En todo caso, en esto reside la peculiar utilidad que los seres humanos buscan en la cultura de masas. Huida de la realidad y distracción, relajamiento y buen humor pueden conseguirse eficazmente por otros medios. Pero las vivencias afectivas y los conocimientos senso-emocionales que se pueden obtener con la apropiación del arte popular no los proporciona ningún otro pasatiempo. La cultura de masas es en esencia una experiencia estética. Y esto se nos antoja una excelente perspectiva para su futura investigación.³⁰

La importante transformación acaecida desde finales de la década de 1950 en el ámbito anglosajón, que iría haciéndose poco a poco dominante, ha ido difundándose en paralelo a las innovaciones (que no invenciones, siendo estas, como siempre sucede, relativas) de las dos últimas décadas en la historiografía francesa y sus escenarios de influencia. Orientaciones en historia cultural que, sin dejar de reclamar la fuerte conexión umbilical entre lo cultural y lo social,³¹ se inclinan sobre todo por la exploración de afectos y sensibilidades, y perspectivas que siguen desplegando como antaño elementos conceptuales o préstamos anclados en la bisagra entre *cultura política*, *cultura popular* y *cultura material*, además de haber emprendido el viaje —con toda su impedimenta— hacia la historia de los afectos y las percepciones. Al mismo tiempo, la historia de los conceptos, por una parte, y la perspectiva constructivista en toda su gama, por otra, junto a hallazgos conceptuales concretos y específicos, como los hace

30 Kaspar MAASE, *Diversión ilimitada...op. cit.*, p. 303. En la misma dirección, y del mismo autor, *Die Schönheiten des Populäre. Ästetische Erfahrung der Gegenwart*. Francfort – Nueva York, 2008.

31 Así, Antoine PROST, «Sociale et culturelle indissociablement», en Jean-Pierre RIOUX y Jean-François SIRINELLI (dirs.), *Pour une histoire culturelle*. París, Éditions du Seuil, 1997, pp. 131-146.

tiempo «socializados» de P. Bourdieu (*habitus, campo, capital simbólico...*) o E. P. Thompson (*economía moral*), han aportado el principal activo a nuestro instrumental.

La historia del arte, de las antes llamadas *bellas artes*, así como la de la difusión y la recepción masivas de la cultura en sus manifestaciones por lo general así denominadas y representadas —con un nuevo eje pretendidamente unificador que toma el nombre de *mediología*—, trataron por un tiempo de permanecer al margen del contagio socio-científico que experimentaba la historia, sin conseguirlo por completo. Los conceptos de *producción y reproducción cultural* han logrado, sin embargo, acercar territorios, a pesar de que conllevan planteamientos que, con frecuencia, repugnan a la crítica artística. Y los de *apropiación, audiencia activa e interacción, sinergismo o convergencia*, por su parte, han subvertido por completo los marcos clásicos de interpretación de los procesos culturales. Es en esa dispersa y divergente configuración intelectual *posestructuralista*, que reconocemos como propia —con sus componentes más o menos identificables de posmodernidad—, donde se ha impuesto la hegemonía del lenguaje, así como la del carácter reflejo de todo texto producido, asunciones que casi la totalidad de la historiografía cultural atenta a este presente también evidencia. Por texto se entendería, así, todo logro mediado por asignaciones de significado que obedecen al autor o intérprete, quien aporta de manera indefectible sus formas previas de visión o *representación*; en definitiva, una cantidad indeterminada de *prejuicios*. Las sombras alargadas de L. Wittgenstein, J. Habermas y Hayden White, que tomarían forma en la década de 1970, siguen ahí presentes, densas e impenetrables, y solo adoptan formas nuevas.³²

32 En la década de 1980 habría incluso quien, como Alan Megill, al hacer una reseña de un texto de otro autor, consideraría la obra de White *Metahistory* (1973) como el libro más importante de su clase «publicado en la última generación» (reseña a Theodore HAMEROW, *Reflections on History and Historians*, en *History & Theory* 27, 1987, p. 98).

La aceptación, generalizada ya, de la dimensión narrativa de la historia ha ido en paralelo a la pérdida de interés de las ciencias sociales por reivindicar su estatus «científico» en una acepción meramente «explicativa»: el marxismo ortodoxo y el estructuralismo sociológico perdieron, de este modo, a la vez, su primacía.³³ La «verdad» contenida en la «ficción» había vuelto, asimismo, a recabar la atención de los intérpretes. Y es que, frente a la obsesión explicativa de hace medio siglo, la *comprensión*, armazón de la interpretación o hermenéutica, se ha hecho de nuevo dueña de nuestro territorio, aunque a muchos les cueste admitirlo.

Leemos *imágenes, rituales, performances...*; valoramos *redes* intelectuales, *ciudades, paisajes, olores, colores...* como componentes de esa «enramada espesa que se abre en entrecruzamientos constantes y formas diversas», tal y como yo misma trazaba su materialización en *Tendencias historiográficas actuales* en 2004. Un autor tan indiscutible en su potencial intelectual —aun sin tener que compartir su filiación ideológica— como I. Berlin advertía ya hace muchos años de que «el método de las ciencias naturales mata la comprensión auténtica»; se quedaba en la superficie del fenómeno sin profundizar, y dejaría así «las profundidades intactas», descomponiendo «el conjunto vivo mediante un análisis artificial».³⁴ Más o menos medio siglo después, las inspiraciones culturalistas y hermenéuticas han ganado por el momento la batalla, por más que no falte quien, desde los propios andamiajes de las disciplinas, haya reprochado a veces a los más entusias-

33 Entre los historiadores, fue importante la negativa de Paul Veyne, ya en la década de 1970, a seguir considerando el asunto de la explicación historiográfica un tema a discutir. Muy clara y muy concisa en cuanto a su fundamentación sociológica fue su lección inaugural para el ingreso en el Collège de France: *L'inventaire des différences*. París, Éditions du Seuil, 1976: «[...] l'explication historique et aussi sociologique (c'est la même) consiste à rapporter un événement à un modèle transhistorique, qu'on individualise en jouant sur les variables» (p. 35).

34 Isaiah BERLIN, *Pensadores rusos*. México, FCE, 1979, pp. 161-162.

tas —sobre todo en la década de 1990, cuando se discutía el avance del posmodernismo— la excesiva variedad del conjunto de logros acabados y su desarticulación.³⁵

Indiscutiblemente, ha ganado también la batalla la subjetividad. Y, con ella, se asiste por doquier al revivir del género biográfico y a su fuente principal de alimentación, los documentos personales. La obtención —a veces en condiciones difíciles— del testimonio oral pasaría a convertirse en la mejor tarea a realizar en autores y autoras de gran relevancia e influencia.³⁶ Y es, sin duda, con las biografías, en especial, como leemos «la historia de la interminable experiencia humana», lo que, según Dilthey y, de otro modo, Collingwood, era la esencia misma de la historia. Las ideas y los textos de ambos clásicos del idealismo histórico los hemos vuelto a ver plasmados más de una vez en la antropología interpretativa, y, desde ahí, entrando otra vez en el torrente historiográfico a través de la historia cultural. Pero, como es obvio, ya nada es igual que antes; tampoco en el terreno de la biografía, porque, sin ir más lejos, hoy ya no consideramos que el acto humano se trace en línea recta, como en la biografía tradicional, sino que dibujamos trayectorias vitales en encrucijadas, articuladas en «nudos de experiencia» que reinterpretan el pasado vivido y que orientan a la vez el futuro del sujeto.³⁷

35 Bruce M. KNAUF, *Genealogies for the Present in Cultural Anthropology*. Nueva York – Londres, Routledge, 1996.

36 La única nota al pie de un artículo muy difundido del historiador de la Alltagsgeschichte Lutz Niethammer («¿Dónde estabas tú el 17 de junio? Un nicho en la memoria», en *Taller d'Història* 5, 1995, p. 15) da cuenta de este orgullo profesional. Transcribo solo un párrafo, aunque la cita es larga: «Nosotros —el doctor Alexander von Plato, la doctora Dorothee Wierling y yo mismo— fuimos los primeros historiadores alemanes occidentales que obtuvimos permiso oficial en 1987 para llevar a cabo un proyecto de historia oral sobre la experiencia de la clase obrera en la RDA. [...] Queríamos llevar a cabo entrevistas de historias de vida con unos 25 obreros y concentrar nuestra investigación en tres centros industriales».

37 He tratado de mostrarlo a propósito de la escritora española Rosario de Acuña: Elena HERNÁNDEZ SANDOICA, «Rosario de Acuña: la escritura y la vida», en *Política y escri-*

En la perspectiva microhistórica, instalada con fuerza en todos los ámbitos nacionales, la biografía constituye «un conjunto de tentativas, de elecciones, de tomas de posición frente a la incertidumbre», de manera que el ejercicio biográfico ya no es pensable «bajo la sola especie de la necesidad —tal vida tuvo lugar y la muerte la convirtió en destino—, sino como un campo de posibilidades entre las cuales el actor histórico tuvo que elegir».³⁸ Con la biografía, sin duda, combinamos lo racional con lo irracional, o, mejor dicho, con lo *no racional* y *no consciente*. La importante influencia de Freud, reconocida o no (en palabras del poeta Auden, «incluso aunque al final resultaran ser falsas» sus teorías, Freud habría dado un gran paso «al considerar los hechos históricos como pertenecientes no al orden natural [...] sino al orden histórico»),³⁹ despunta y sobrevuela por encima de un gran número de biografías atrayentes. Porque, en definitiva, la teoría freudiana no ha dejado nunca de inspirar los más complejos esfuerzos proyectivos sobre la *subjetividad*.⁴⁰

Una excusa, si cabe, para finalizar este apartado: debido a la gran cantidad de títulos producidos en las últimas décadas en cuanto a *culturas políticas* y la proyección cultural de los *nacionalismos*, sobre el carácter del fascismo como «fenómeno cultural» reactivo y también cultura de la *violencia* —en conexión con las teorías de la mo-

tura de mujeres. Madrid, Abada, 2012, pp. 171-328; «El poder ambidiestro del lenguaje: género, injuria y sexualidad en “La Jarca de la Universidad” de Rosario de Acuña, 1911», en *Espacio público y espacio privado. Miradas desde el sexo y el género*. Madrid, Abada, 2016, pp. 95-171; «La maternidad espiritual de Rosario de Acuña. Cartas de guerra e intimidad epistolar», en *Rosario de Acuña (1850-1923), Hipatia. Emoción y razón*. Madrid, Abada, 2019, pp. 233-280. En este último, también la «Presentación», pp. 9-41.

³⁸ Jacques REVEL, *Jeux d'échelles. La mycro-analyse à l'expérience*. París, Gallimard-Le Seuil, 1996, p. 35.

³⁹ W. H. AUDEN, *Trabajos de amor dispersos*. Barcelona, Crítica, 2003, p. XV.

⁴⁰ Por ejemplo, John E. TOEWS, «Foucault and the Freudian subject: Archaeology, Genealogy, and the Historization of Psychoanalysis», en Jan GOLDSTEIN, *Foucault and the Writing of History*. Cambridge, Ma., Blackwell, 1994, pp. 116-134.

dernización y sus variantes—, objetos todos ellos que ocupan a historiadores y teóricos de la literatura, no menos que a politólogos y sociólogos políticos —sin olvidar a muchos filósofos—, voy a prescindir aquí de tocar este ámbito. Y me limito a advertir tan solo de su gran importancia, que trasciende lo historiográfico y ocupa el campo entero de la ética cívica. Tratar todo este amplio panorama de manera mínimamente solvente requeriría un enfoque distinto del que he adoptado aquí.

III

En último lugar, aunque este no sea ni mucho menos el influjo menor en los desarrollos de la historia cultural, hay que aludir de manera específica a la introducción del feminismo en las aproximaciones culturales —*los feminismos*, en plural—. Ya se trate de aquel «punto de vista» femenino del que hablaba Virginia Woolf o del discurso distintivo que en su momento definió Kate Millet —entre otras—, o de cualquiera de las múltiples aportaciones teóricas que, durante más de medio siglo, han venido asaltando y horadando la hegemonía patriarcal del discurso histórico.⁴¹ Procedente del campo de la crítica literaria, hace ya mucho tiempo llegó a la historia el propósito de establecer una relación básica entre la definición de mujer como sujeto consciente y su experiencia de la lectura, pues esta aviva la «sensibilidad hacia los matices de nuestra propia vida y nuestras observaciones acerca de la vida de los otros», haciendo que la perspectiva dominante, la del varón, resulte borrosa —y, poco a

41 Como recopilación reciente de trabajos y muestra de su inspiración cultural dominante, véase Teresa ORTEGA LÓPEZ; Ana María AGUADO HIGÓN y Elena HERNÁNDEZ SANDOICA (eds.), *Mujeres. Dones. Mulleres. Emakumeak. Estudios sobre historia de las mujeres y del género en España*. Madrid, Cátedra, 2019.

poco, negable o discutible—. Pero hay otras muchas formas por las que, desde la teoría y la práctica feministas, se ha dado paso a una transformación de alcance general de perspectivas socio-científicas orientadas *hacia y por* lo cultural. Respecto a ello, diré unas palabras a continuación.

Explícitos y bien reconocibles son aquellos aspectos de la experiencia femenina que tienen que ver con lo biológico, ligados a su capacidad reproductora (la maternidad y sus vivencias de materialización o ausencia, y otras diversas y derivadas, conformadas a nivel social siempre por el género o, mejor dicho, por la combinación de sexo y género), factores configurados a nivel histórico y cultural según los tiempos y las sociedades. El concepto de *género* ha articulado esa configuración y, como «herramienta útil», la ha detectado y estudiado. La «identidad femenina», sus roles y su naturaleza serán, así, producto de una experiencia sexualmente *diferenciada*, vivida y desplegada por las mujeres según unas reglas y unos márgenes de actuación —según marcos concretos— que, en cada contexto sociohistórico y cultural, forjan y condicionan su percepción del mundo, la *sitúa* a partir de un cuerpo de mujer (*female-embodied social subject*,⁴² en palabras de Teresa de Lauretis) y como un todo construido por símbolos. El «género» revela cómo todo el sistema de creencias e ideas, incluso en parte las científicas, giran en torno a ella.⁴³ Reglas que informan de la actuación o *agencia* personal de las mujeres, solo en parte de manera consciente, y que dan sentido a su *producción* cultural. Las biografías de mujeres han ido situán-

42 Teresa DE LAURENTIS, «Upping the *anti* in feminist theory» [1990], en *The Cultural Studies Reader*, editado por Simon During, Londres – Nueva York, Routledge, 1993, pp. 74-89.

43 Anne FAUSTO-STERLING, *Sexing the Body: Gender Politics and the Construction of Sexuality*. Nueva York, Basic Books, 2000; Deborah ORR; Linda LÓPEZ MCALISTER; Eileen KAHL; Kathleen EARLE (eds.), *Belief, Bodies, and Being. Feminist Reflections on Embodiment*. Lanham – Nueva York, Rowman & Littlefield Publishers, 2006.

dose, a partir de estos supuestos, en el centro de muchas de las operaciones historiográficas más innovadoras, pues no solo han sacado a la luz vidas ocultas y olvidadas de mujeres del pasado, haciéndolas visibles para quien quiera ver (aunque también han hecho esta tarea), sino que también han impactado con fuerza en la onda ascendente del rescate de la subjetividad y la experiencia vivida como vehículos del conocimiento, como un eje articulador de comprensión.⁴⁴

Y lo han hecho con estrategias que potencian las narrativas de esas mismas mujeres (historias de vida e historia oral, declaraciones y testimonios de todo tipo y en todo soporte, incluyendo, sin vacilar, los testimonios autobiográficos); relatos que dan cuenta de la propia experiencia femenina sin forzar coherencias finales o lineales innecesarias, como diría Giovanni Levi⁴⁵ —y tal como sucede, en realidad, en la narración literaria—. Así, a través de su propia voz, las mujeres reinterpretan su vida y, al narrar, recrean el alcance del mundo que las rodea y en el que se mueven y actúan, percibiéndose a sí mismas como sujetos *significantes*, que se reconocen como tales y, en ese reconocimiento y explicación, hacen visible la diferencia sexual. Eludiendo planteamientos objetivistas de todo tipo, cobran valor los escritos históricos de las propias mujeres, que si pudieron ser populares en su momento,⁴⁶ los sumergió la corriente del olvido.

44 LEONOR ARFUCH, *Memoria y autobiografía. El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires, FCE, 2002; MÓNICA BOLUFER, «Multitudes del yo: biografía e historia de las mujeres», *Ayer* 93/1, 2014, pp. 85-116; ELENA HERNÁNDEZ SANDOICA, «Biografía(s) de mujer(es) y experiencia vivida», en CARLOS FORCADELL; CARMEN FRÍAS (eds.), *20 años de congresos de Historia Contemporánea (1997-2016)*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2017, pp. 17-41.

45 GIOVANNI LEVI, «Les usages de la biographie», en *Annales. ESC*, 6, pp. 1325-1336.

46 «[...] un intento de obtener, a través, de siete historias concretas de mujeres, un cuadro de algún modo menos incompleto [...]» (OTTAVIA NICOLI, «Introducción» a E. S. COHEN *et al.*, *La mujer del Renacimiento*. Madrid, Alianza, 1991, pp. 9-33. Cita en p. 13).

Escritos que, junto a los nuevos relatos producidos de continuo a través de recursos etnográficos y sociológicos —la *historia oral*—, muestran casi de manera absoluta e indefectible aquella «ética de la ambigüedad» con que definiría Simone de Beauvoir al sujeto mujer al decir que la mujer expresa mejor que el varón la condición humana, pues sería consciente de la situación ambigua y conflictual, además de subordinada y relacional, de las mujeres, eternamente el *otro* del varón, el *Uno*.⁴⁷

La «identidad femenina» sería, así, producto de una experiencia sexuada *diferencial*, desplegada según reglas y márgenes de actuación que forjan y condicionan la percepción del mundo de las mujeres y que nutren su acción y su producción cultural.⁴⁸ Como hace el psicoanálisis, y con frecuencia basándose en él,⁴⁹ los estudios feministas han tratado de poner de relieve la incidencia de la diferencia sexual sobre la constitución de la subjetividad: se experimenta y se recuerda, viene a decirse, de manera condicionada por el sexo y el género;⁵⁰ la memoria y sus formas son hasta cierto pun-

47 De interés sobre esta subjetividad subordinada, sobre la constitución y categoría del sujeto mujer, Silvia BOVENSCHEN, *Die imaginierte Weiblichkeit. Exemplarische Untersuchungen zu Kulturgeschichtlichen und literarischen Präsentationsformen des Weiblichen*. Frankfurt a.M., Suhrkamp, 1979.

48 Ana AGUADO, «La historia de las mujeres y del género», en Teresa María ORTEGA LÓPEZ (ed.), *Por una historia global. El debate historiográfico en los últimos tiempos*. Universidad de Granada / Universidad de Zaragoza, PUZ, 2007, pp. 111-134; Elena HERNÁNDEZ SANDOICA, «Historia, historia de las mujeres e historia del género», en María Isabel del VAL (coord.), *La historia de las mujeres: una revisión historiográfica*. Valladolid, Universidad de Valladolid, 2004, pp. 29-55.

49 Anne ROCHE; Jean-François CHIANTARETTO; Anne CLANCIER (eds.), *Autobiographie, Journal intime, et Psychanalyse*. París, Economica Anthropos, 2005. También Anthony ELLIOTT, «Psychoanalysis and the Theory of the Subject», en George STEINMETZ (ed.), *The Politics of Method in the Human Sciences. Positivism and Its Epistemological Others*. Durham – Londres, Duke University Press, 2005, pp. 427-450.

50 Carol GILLIGAN, *In a Different Voice*. Cambridge Ma., Harvard University Press, 1982.

to diferentes y toman forma en el lenguaje, con expresiones diferenciadas gramaticalmente.⁵¹

Crece cada día el interés por publicar correspondencias epistolares entre mujeres o salidas de su pluma.⁵² Para historiadoras e historiadores, lo mismo que para la crítica literaria —que sería la primera en explorarlas—, es evidente que «descubrir cartas olvidadas es siempre un momento conmovedor».⁵³ Si es cierto, además, como Derrida escribe en *La amistad*, que la filosofía no es más que una conversación epistolar entre amigos, convengamos en que el contenido filosófico existencial constituye el núcleo fundante, básico, de las correspondencias. Si la biografía escrita por mujeres se fija con cuidado en los ciclos de la vida, en experiencias en cuyo centro se halla el propio cuerpo, como puso de relieve ya hace años Natalie Z. Davis,⁵⁴ la autobiografía femenina, a su vez, y todo tipo de documentos personales —cartas, diarios, confesiones, memorias o relatos de vida—, traspasa con frecuencia los límites convencionales que la vida social establece entre lo público y lo privado. Al contrario, sus construcciones subjetivas mezclan esos dos planos (que se ven como artificiales, se afirmará a la vez en la teoría feminista...), aboliéndolos o confundiendo los, potenciando, e incluso exacerbando

51 Barbara MAPELLI, «Memoria e scrittura come cura di sé», en *Storie di donne. Autobiografie al femminile e narrazione identitaria*, a cargo de Simonetta Ulivieri e Irene Biemmi. Milán, Guerini scientifica, 2011, pp. 19-44.

52 Entre otras posibles, de alto valor intimista y subjetivo, Gabriela MISTRAL; Victoria OCAMPO, *Esta América Nuestra. Correspondencia 1926-1956*. Buenos Aires, El Cuenco de Plata, 2007; María Jesús FRAGA; Nuria CAPDEVILA, *Elena Fortún y Matilde Ras. El camino es nuestro*. Madrid, Fundación Banco Santander, 2015; Ana María FREIRE; Dolores THION, *Cartas de buena amistad. Epistolario de Emilia Pardo Bazán a Blanca de los Ríos*. Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2016.

53 Roger CHARTIER; Jean HÉBRARD, «Conclusion. Entre public et privé: la correspondance, une écriture ordinaire», en R. CHARTIER (dir.), *La correspondance. Les usages de la lettre au XIX siècle*. París, Fayard, 1991, p. 451.

54 Natalie ZEMON DAVIS, «En guise d'introduction», en Nicole PELLEGRIN (ed.), *Histoires et historiennes*. Presses Universitaires de Saint-Étienne, 2006, p. 30.

do, los sentimientos y las emociones, el factor más importante de regulación de la experiencia.

Por lo demás, es cierto que no existe una frontera nítida entre biografía y autobiografía —aunque nazcan de fuentes diferentes—, y a mediados de la década de 1980, llevada por aquel impulso, se dejaba notar la imposición creciente de biografías y autobiografías de mujeres. Elisabeth de Sotelo recogía de este modo aquellas nuevas formas de expresión de voces y relatos de experiencia antes no valorados:

Antes y ahora es un hecho social nuevo que la mujer hable abiertamente y sin tapujos de sus experiencias vitales. A comienzos del siglo XIX parecía inaudito que la mujer considerase dignos de llevar al papel los hechos cotidianos de su vida; hoy, en cambio, lo que resulta chocante es que elabore sus experiencias personales desde una perspectiva que (no) cuestione las convenciones establecidas de la vida de pareja. El que en ambos casos se tome conciencia de las historias de vida, del valor de la autobiografía, está en relación con corrientes político-culturales semejantes, surgidas de los últimos rescoldos de la Ilustración o en los años sesenta de nuestro siglo. En ambos momentos, después de un periodo de crítica social creciente y de la emergencia de movimientos emancipadores, sigue una fase de redescubrimiento de los sentimientos, de la espontaneidad, de lo íntimo, con el consiguiente distanciamiento de la retórica política y del poder de las instituciones, dirigido el interés hacia la introspección, la vida espiritual y los procesos psíquicos. La autobiografía se revela el medio adecuado para hacer públicas las experiencias personales, para poner de manifiesto lo hasta entonces reprimido, según la consigna de «lo privado también es político». Una subjetividad recuperada, un redescubrimiento del yo, una revalorización de la experiencia personal plantean de nuevo la cuestión de la identidad.⁵⁵

⁵⁵ Elisabeth M. de SOTELO, «Autoimagen y conciencia en la mujer», en *Revista de Occidente*, 74/75, julio-agosto 1987, pp. 140-153.

El flujo de lo *subjetivo* e igualitario en las mujeres —el progreso de la con(s)cienza femenina del derecho a una construcción personal en términos de igualdad con el varón— y, a la vez, la presión por materializar una diferencia sustantiva entre los sexos han ido dando lugar a un gran número de escritos personales de mujeres que articulan los conceptos centrales de «experiencia» y «memoria». Memoria, por ejemplo, de tres generaciones de mujeres, memoria familiar (que es la memoria autobiográfica de quien escribe, y que lo hace, en todo caso, *siempre* en presente).⁵⁶ Con el aumento de la escritura femenina se intensifica la vuelta de la noción de *experiencia* a la historiografía, que, de este modo, amplía sus límites. Avanza la subjetividad y el sujeto es consciente de que el sentido de su propia vida se define y se expresa a través de la consciencia de su propia trayectoria y la experiencia vivida; cree saber que su vida está inscrita en otras muchas —toda vez que la individualidad se define necesariamente en relación con los demás—, «en presencia (real o fantasmática) de los otros», como escribe Mónica Bolufer.⁵⁷ Y que quien habla no es dueño de las narrativas que construye, sino que siempre será su prisionero.⁵⁸

Aflora de este modo un importante factor de interiorización del mundo exterior en la conciencia de quien *se* escribe a sí misma, la mujer que procede al modo autobiográfico. En los textos autobiográficos, como en las propias acciones que les dan sustento, la mujer se reconoce *persona* o *individuo* en equiparación al varón. El análisis feminista aborda esas experiencias desde el plano de la *diferencia* sexual y no ya desde la igualdad política —la mujer *leída como mujer*, biológica, social y afectivamente—. El plus emocional que aporta la narración autobiográfica atraviesa los marcos analíticos de la literatura y la

56 Mona OZOUF, *Composición francesa. Una infancia bretona*. PUZ, Zaragoza, 2015.

57 Mónica BOLUFER, «Multitudes del yo...», *op. cit.*, p. 105.

58 Giorgio AGAMBEN, *Infancia e historia. Destrucción de la experiencia y origen de la historia*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora, 2001.

historia, de la sociología y la antropología, del psicoanálisis y la sexología, difuminando «la frontera entre hecho y ficción, lo personal y lo social, lo popular y lo académico, lo cotidiano y lo literario».⁵⁹

La perspectiva abierta por el cambio experimentado al concebir la relación entre mujer y política, algo que debemos al concepto de «género» principalmente, ha hecho cambiar de raíz a muchas historiadoras (y cada vez también a más historiadores). Desarrollar ideas de pensadores tan destacados como Bourdieu, Foucault o Derrida, y, a la vez, contradecir esas mismas ideas —y, asimismo, discutirse entre sí—, como han hecho Judith Butler, Joan Scott, Louise Tilly o Gayatri Spivak, entre otras muchas teóricas del ámbito feminista, no ha sido, sin embargo, una tarea fácil. No ya tanto por presuntas dificultades especulativas, sino por lo costoso y obstaculizado de su inserción en los ámbitos académicos. Con todo, se ha producido ya un giro indiscutible en las maneras y modos de mirar que nutren los circuitos de la filosofía y la historiografía, como en el resto de las ciencias sociales, y ello ha sucedido, en parte, también, en las teorías que informan las ciencias de la vida.

Ciertas aportaciones sorprendieron por su capacidad para la innovación conceptual en el tratamiento de las experiencias propias de las mujeres, y abrieron la puerta a esa *historia de la subjetividad*, general y ampliada, que vendría a ser entendida como una historia de la individuación de los sujetos, de su expresión política consciente y significativa, de su capacidad simbólica y del peso decisivo del componente psicológico y emocional de todo acto y toda representación posibles, de toda actividad humana y de cualquier deseo. Ese cambio profundo, rotulado como *giro subjetivo*, es muestra y comprobación de que el «expectante esfuerzo» de muchas historiadoras —y más de un historiador— por «no eludir la subjetividad como parte integran-

⁵⁹ Tess COSLETT; Celia LURY; Penny SUMMERFIELD (eds.), *Feminism and Autobiography. Texts, Theories, Methods*. Londres / Nueva York, Routledge, 2000, p. 1.

te de la tarea histórica», algo que ya se veía apuntando como realidad hace unos quince años, ha logrado desbordar e ir venciendo la resistencia antisubjetiva de otros muchos practicantes de la historia, y como yo misma advertía, optimista, le abría al gremio historiográfico, una vez más, perspectivas nuevas.⁶⁰

La biografía se ha ido encaminando poco a poco, de esta manera, hacia la exploración de la intimidad, de las emociones y de los sentimientos. Y son las mujeres biógrafas, dispuestas a desvelar la intimidad y la privacidad de otras mujeres, las que más de una vez han ido más allá de lo común en las reglas del género biográfico. ¿Hasta dónde es lícito llegar en la narración de una vida...? De una vida que *importe*, y que (*nos*) *importe* como sujetos...⁶¹ ¿Dónde establecer los límites posibles a la narración...? Por no eludir información sobre relaciones personales, sentimientos o deseos que hasta tiempos recientes han sido tenidos por ilícitos e inconfesables —y siguen siéndolo en muchas sociedades—, los relatos son, sin duda, más *verdaderos* y completos, iluminan de manera más intensa una vida y sus encrucijadas, pero —se preguntan algunos— ¿serían moralmente legítimos desde el respeto a la privacidad...? Por lo demás, se es bien consciente de que, como advertía Sidonie Smith con valentía,⁶² la coherencia del recorrido de una vida cualquiera que ofrezcamos procede del relato autobiográfico, nunca está fuera de él.⁶³

60 Elena HERNÁNDEZ SANDOICA, *Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy*. Madrid, Akal, 2004, p. 408.

61 Shirley A. LECKIE, «Biography Matters: Why Historians Need Well-Crafted Biographies More than Ever», en Lloyd AMBROSIOUS (ed.), *Writing Biography: Historians and their Craft*. Lincoln NE, University of Nebraska Press, 2004.

62 Sidonie SMITH, «Performativity, Autobiographical Practice, Resistance», en *a/b. Auto/Biographical Studies*, 10, 1995/1, pp. 17-33.

63 Pierre Bourdieu (1986) había atacado con fuerza los usos biográficos, precisamente por su inevitable componente autobiográfico: «Tenemos el derecho de suponer que el relato autobiográfico se inspira siempre [...] en el deseo de dar sentido, dar razón, extraer una lógica a la vez retrospectiva y prospectiva, una consistencia y una constancia, estable-

Casi todos los «giros» que ha habido en las ciencias humanas y sociales a estas alturas arrojan nueva luz sobre el comportamiento patriarcal, androcéntrico y paternalista. En los últimos tiempos, por ejemplo, el llamado *giro material* invita a nuevas lecturas sobre las relaciones de poder, al mostrar cómo se inscriben *los mecanismos de poder* en los propios artefactos de la vida diaria, induciendo discursos y conductas —que aparecen así redefinidos—, mostrando su eficacia como prácticas simbólicas de desigualdad, de moralidad, y, en definitiva, de poder. Inspiraciones diferentes insisten en revisar la cotidianidad y volver a explorar las situaciones concretas que marcan y definen la vida de una mujer. Las experiencias femeninas, analizadas de ese modo en su diversidad, afloran por doquier, y se imponen mediante una insistente reelaboración de narrativas, en un sistemático y, a la vez, diversificado ejercicio de reflexión sobre el sujeto histórico *consciente* y sobre el sistema de relaciones que articulan los sexos, pero también respecto a aquellos conceptos clave de *estructura* y *acción*, los mismos que articularon durante mucho tiempo las discusiones en las ciencias sociales, y que aún presentes y/o reelaborados, reclaman ser tenidos en cuenta.

Quedan, no obstante, muchas cuestiones sin apurar y muchas respuestas por ensayar, si bien algunos de los feminismos de la tercera ola, poscoloniales y heterodoxos, acuñadores de conceptos, entre otros, como los de *ecofeminismo* e *interseccionalidad*, hace ya tiempo

ciendo relaciones inteligibles, como las del efecto a la causa eficiente o lineal, entre los estados sucesivos, constituidos de este modo en etapas de un desarrollo necesario». Y sugiriendo que el acicate de esa coherencia podría proceder del propio investigador, insiste: «Esta inclinación a hacerse ideólogo de la propia vida seleccionando, en función de una intención global, ciertos acontecimientos significativos y estableciendo entre ellos conexiones adecuadas para darles coherencia [...] encuentra la complicidad natural del biógrafo, al que todo, empezando por sus disposiciones de profesional de la interpretación, lleva a aceptar esta creación artificial de sentido» («La ilusión biográfica», en *Historia y Fuente Oral*, 2, 1989, pp. 27-33. Cita en p. 28).

que han abierto nuevas vías, todas ellas fuertemente teóricas, de innovación y exploración.⁶⁴ Con sus esfuerzos y sus resultados se dibuja día a día, y a través de canales que se abren en delta, el panorama actual.

64 Deborah ORR *et al.* (eds.), *Feminist Politics: Identity, Difference, and Agency*. Lanham-Nueva York, Rowman & Littlefield Publishers, 2007. Y, un clásico ya, Patricia HILL COLLINS, *Black Feminist Thought. Knowledge, Consciousness, and the Politics of Empowerment*. Edición del décimo aniversario revisada, Nueva York, Routledge, 2000.



Copyright © 2019. Aquesta obra està subjecta a una llicència de Creative Commons mitjançant la qual qualsevol explotació n'haurà de reconèixer els autors, citats a la referència que apareix a l'inici del document.